HISTORIA

DE LAS

AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTES

EN MÉJICO.

MADRID: = 1847.

IMPRENTA DE D. J. M. MARES. *Corredera de S. Pablo, núm. 27.*

AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTÉS

EN MEJICO.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, educacion y juventud de Hernan Cortés.=Se embarca para el Nuevo-Mundo.

Luego que el inmortal Colon reveló la existencia de un Nuevo-Mundo, los españoles se lanzaron en seguida á la carrera que se les acababa de abrir, la que ofrecia á todos inmensas riquezas y grandes reinos que conquistar. Entre la multitud que se abalanzó á conseguir gloria y fortuna, muchos capitanes han alcanzado el alto honor de que fuesen inscritos sus nombres en las páginas de la historia; pero el que ocupa el lugar mas distinguido despues de Colon, es sin disputa, el célebre conquistador de Méjico, Hernan Cortés.

Nació Hernan Cortés en Medellin, villa de Estremadura, en el año de 1485; era hijo de D. Martin y de Doña Catalina Pizarro. Notando D. Martin en su hijo el gérmen de un talento que bien cultivado podia conducirle á grandes resultados, resolvió hacerle emprender la carrera de la letras, para lo cual á la edad de 14 años pasó á estudiar en la ciudad de Salamanca. Al cabo de dos años, cuando hubo adquirido ya bastantes conocimientos, vió que la carrera que habia emprendido era incompatible con su genio fogoso é inclinaciones bulliciosas, y desde entonces empezó á fastidiarse de ésta vida inactiva. Vióse pues obligado á abandonar á Salamanca y regresar á Medellin; alli arrastrado del ardor de su caracter, aprendió á manejar las armas, á domar caballos, y á ocuparse en ejercicios violentos. Por fin, cediendo á el ascendiente de una vocacion irresistible, eligió la carrera militar.

Obtuvo el permiso de su padre para pasar á Italia al servicio del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad que le sobrevino el mismo dia de su partida, le impidió hacer su aprendizage militar en la escuela del Gran Capitan.

Restablecido de su indisposicion, todas sus miras se dirigieron á las Indias

Occidentales, y resuelto á ir á buscar fortuna y gloria se embarcó para el Nuevo-Mundo.

Llegó á la Isla de Santo Domingo en el año de 1504, provisto de cartas de recomendacion para D. Nicolas de Ovando, gobernador de la Isla, y fue muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energia durante su viage, en el que se vió espuesto á grandes peligros.

Cuando en 1511, Diego Colon que habia sucedido á Ovando, se propuso conquistar la Isla de Cuba, Cortés no podia dejar pasar por alto una ocasion tan oportuna para él; practicó todas las diligencias imaginables á fin de que le emplearan en esta espedicion, y logró ser colocado en calidad de secretario de Diego Velazquez que era el gefe de ella.

CAPITULO II.

Conquista de Cuba.=Cortés es nombrado comandante general de la Armada.=Parte la espedicion á la conquista de Nueva-España.

De todas las conquistas que hicieron los españoles en el Nuevo-Mundo, ninguna fue llevada á cabo con mas facilidad como la de la grande Isla de Cuba; es por cierto bien admirable y sorprendente que para conquistar una isla de mas de setecientas millas de estension y de un gran número de habitantes, hubiese bastado la pequeña partida de trescientos hombres para llevarla á cabo; mas no lo es tanto como á primera vista parece, si se atiende á que los naturales no eran belicosos y ningun preparativo ni medida habian tomado para oponerse á la invasion.

Velazquez apreciaba á Cortés en gran manera, y estaba muy satisfecho de ver en aquel jóven la sabiduría y el talento, con el valor y la intrepidez.

En 1515, el gobernador de Cuba, Velazquez, dió órden para poner en pie un pequeño ejercito de voluntarios para hacer nuevos descubrimientos. Esta espedicion, cuyo gefe era Juan de Grijalva, dió por resultado el reconocimiento de Yucatan, en donde tuvieron lugar muchas entrevistas con los naturales, quienes cambiaron gran cantidad de oro por piezas de vidrio de diferentes colores.

Los descubrimientos de Grijalva se supieron con prontitud entre los que se habian quedado en Cuba, y escitaron un vivo entusiasmo; pero ninguno esperimentó las sensaciones de Cortés, quien veia iba á abrírsele un teatro digno de sus talentos, y no dudaba que se le conferiria un cargo importante en esta próxima espedicion.

Hacíanse los preparativos con la mayor celeridad; los soldados se presentaban con prontitud; fue urgente nombrar un gefe. Esa eleccion traia solícito á

Velazquez; preveia que á tan grande distancia ese gefe se haria bien pronto indepediente de su autoridad y obraria por su propia cuenta.

Los candidatos eran muchos; lo cual aumentaba la incertidumbre é indeterminacion de Velazquez. Pero llegó, en fin, el instante que habia de decidir del porvenir de Cortés. El gobernador le eligió creyendo encontrar un hombre dotado de talento militar, en quien pudiese fundar sus mas lisonjeras esperanzas, y opinaba que la categoría y el caracter de Cortés no le permitirian aspirar á la independencia.

Recibió Cortés su destino con las mas vivas demostraciones de respeto y sumision hácia el gobernador. Enarboló al instante la bandera en la puerta de su casa, se presentó entre los suyos con todas las distinciones de su nueva dignidad; empleó toda su actividad y valimiento para hacer determinar á muchos de sus amigos á que le siguiesen, y empleó sus caudales en comprar pertrechos y provisiones, adelantando cuanto le fue posible los preparativos de su viage.

No faltó quien atribuyese á Cortés un fin desfavorable, y dieron á Velazquez quejas acerca del hombre á quien acababa de demostrar tan ciega confianza. Estas pérfidas insinuaciones produjeron tan profunda impresion en el sospechoso espíritu de Velazquez, que Cortés no tardó en reconocer señales de desconfianza; y conociendo los peligros que de un retardo se podrian ocasionar, arregló sus negocios con prontitud y se hizo á la vela, no sin haber renovado al gobernador sus protestas de sumision y respeto.

La precipitada marcha de Cortés aumentó las sospechas de Velazquez, y llegaron al mas alto grado de exaltacion sus celosos temores. En consecuencia, envió mensajeros á la Trinidad, en donde estaba estacionada la armada, con órden de que se le destituyera, y ocupara su puesto un oficial á quien designaba espresamente.

Cortés trató entonces de defender sus intereses; reunió sus tropas, y con aquella elocuencia natural que en tan alto grado poseia, las manifestó la celosa conducta de Velazquez y las tentativas que hacia para privarle del mando. Oficiales y soldados al saber estas circunstancias se indignaron altamente, y unánimes le suplicaron que no abandonase el destino, al cual tenia tantos derechos, prometiéndole que le seguirian en todas partes y que derramarian hasta la última gota de su sangre para mantenerle en el poder.

Mucho agradó á Cortés la espresion de estos sentimientos tan análogos á los suyos; y seguro de la fidelidad de sus tropas, concluyó todos sus preparativos, y nada se oponia ya á su marcha.

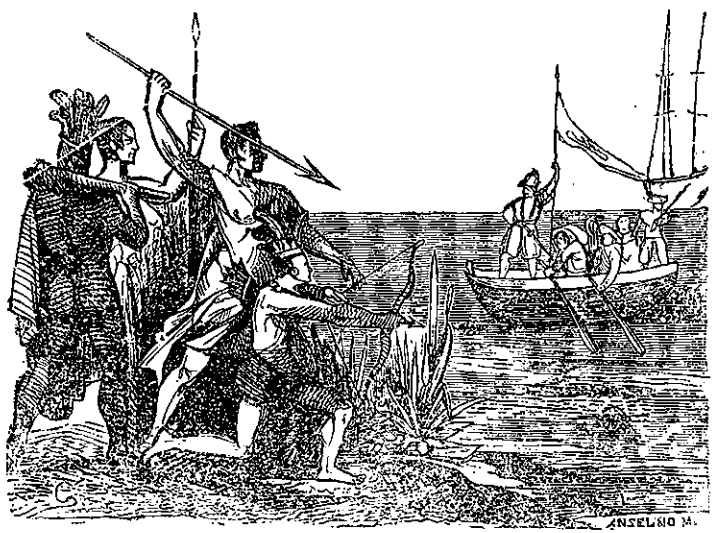
Lo colosal de la empresa y las dificultades que á ella iban acompañadas eran muy superiores á las fuerzas de la armada; todo era insuficiente respecto de un tan grande objeto á que se destinaba, como era la conquista de un vasto imperio. La flota consistia en once navios, de los cuales el mayor era de cien toneladas; el número de los marineros era 109, y el de los soldados 508, divididos en once compañías. Si ese pequeño número de hombres era objeto de asombro, los medios y los recursos de que disponian, eran, por razon de su

debilidad, mas dignos de asombro aun. Sus fuerzas consistian en 16 caballos, 413 mosquetes, 32 arcabuces, 2 pequeñas piezas de campaña y 4 falconetes; los soldados iban armados de picas y espadas.

Con tan débiles recursos, Cortés se hizo á la vela para ir á declarar la guerra á un monarca cuyos dominios eran mas dilatados que los del mas poderoso de Europa. Pocos ejemplos ofrece la historia de una empresa tan atrevida. Las pasiones, empero, que animaban á los castellanos, eran un estímulo muy poderoso. Cada soldado se creia ser un héroe que volaba por su propia cuenta, á una conquista que necesariamente debia coronar sus osados esfuerzos.

Despues de haber invocado Cortés la divina proteccion del Cielo, partió el 10 de febrero de 1519, dirigiéndose á la Isla de Gozumel. A causa de una feliz casualidad, fue muy provechosa á Cortés su permanencia en esta isla, donde pudo rescatar un español, cuya presencia causó una agradable sorpresa. Andaba casi desnudo, llevando en la mano un arco; se llamaba Gerónimo de Aguilar, nacido en Ecija. Ocho años antes habia naufragado pasando del Darien á Santo Domingo; durante su permanencia en ese pais, habia podido aprender su idioma, lo cual sirvió muchísimo á Cortés, para tener á su lado un intérprete.

En 4 de marzo emprendió Cortés su navegacion hácia la embocadura del rio de Tabasco; confiaba que seria recibido amistosamente; pero salieron frustradas sus esperanzas, pues apenas echó el áncora, observó que los habitantes hacian preparativos para oponerse á su desembarco.



Envió á Aguilar á fin de ofrecerles la paz, empero este volvió por contestacion, que los enemigos eran en gran número y que se habian negado á escucharle.

Si bien no queria Cortés empezar sus conquistas por esta provincia, sin embargo, le pareció importante no cejar ante el primer peligro que se le presentaba; mandó, pues, preparar un desembarque, el que se efectuó, teniendo por resultado el sostener un reñido combate con los indios, que se defendieron obstinadamente.

Esta sangrienta accion, seguida de otras muchas escaramuzas en las cuales quedaron derrotados siempre los indios, abatió el valor de los mas bravos, obligándoles á pedir la paz. Vinieron á arrojarse á los pies de Cortés quince hombres con un presente de aves, maiz y peces; el general los recibió con amabilidad.

Estableciéronse amistosas relaciones, y trocáronse algunos regalos. Entre los presentes que se hicieron á Cortés, se notaban objetos fabricados con primor; habia tambien veinte esclavas, cuyo regalo fue de mucha importancia, porque entre ellas se encontraba la ilustre Doña Marina, que representó un gran papel en la conquista de Méjico. Bautizóla inmediatamente el padre Olmedo, y la puso el nombre que acabamos de manifestar.

Como tenia una rara inteligencia, aprendió en poco tiempo la lengua española, y no solamente como intérprete fue de grande utilidad Doña Marina: habituada a las costumbres, usos y defectos de los mejicanos, conocia muy bien su caracter: en consecuencia fue destinada muchas veces para negociaciones delicadas; descubrió muchos complots y desbarató algunos de sus maquiavélicos planes.

CAPITULO III.

Conferencias con los embajadores de Motezuma.=Negativa de este á la entrevista solicitada por Cortés.

Permaneció Cortés algunos dias en Tabascó, para cuidad de los enfermos, prosiguiendo luego su viage hácia el Oeste sin perder de vista la ribera, y desembarcando en San Juan de Ulúa. Cuando entraba en la ensenada acercóse á su bajel dando señas de paz, una canoa grande en la que se notaban entre varios indios dos personajes de distincion. Subieron algunos al navio sin temor ni desconfianza, y con ademan respetuoso dijerón á Cortés algunas palabras que Aguilar no pudo comprender, pero se presentó doña Marina y traduciendo en lengua de Yucatan lo que decian en mejicano; se supo que estos dos personajes eran enviados por el gobernador de esta provincia, sujeta á un grande y poderoso monarca, llamado Motezuma; venian para informarse, qué intenciones abrigaba Cortés al visitar aquellas costas, y para ofrecerles al mismo tiempo los socorros que necesitasen.

Manifestó Cortés á estos comisionados, que él y los suyos estaban muy satisfechos de sus ofertas y que sus sentimientos eran de paz y amistad; y terminó dándoles algunas bugerías de poco valor. Contentos con ese regalo

los embajadores, hicieron al gobernador una relacion muy favorable de todo cuanto habia mediado, de modo que este no se opuso al desembarco de los estranjeros; y gracias á su socorro, Cortés estuvo establecido en tierra en poco tiempo con sus soldados, caballos, artilleria, etc. etc. Su primera diligencia fué arreglar tiendas de campaña y fortificarlas. Los naturales, contribuían á su construccion, mientras que otros traían provisiones de todo género de aves y frutas. No tardó mucho tiempo en anunciarse al general, que el gobernador queria hacerle una visita; en efecto, al dia siguiente presentóse ese personage, llamado Teutile; iba acompañado de una numerosa escolta. Considerándole Cortés como un ministro de un gran rey, le recibió con toda ceremonia y etiqueta; hízole decir que Cárlos de Austria, rey de Castilla, le enviaba en calidad de embajador, y por tanto estaba encargado de comunicar al mismo emperador unas proposiciones de la mas alta importancia; por consiguiente, pedia que le condujeran á su presencia sin pérdida de tiempo.

Esta demanda llenó de asombro á Teutile, pues sabia muy bien que Motezuma en ninguna manera queria tener comunicaciones ni tratos con los estranjeros, cuya presencia en los dominios de su territorio habia llenado su espíritu de temores; por otra parte, negando la demanda de Cortés temia escitar su cólera; asi antes de disuadirle de su proyecto, creyó oportuno ganarse primero su voluntad obligándole a aceptar un magnífico regalo.

A fin de conservar Cortés las buenas relaciones, quiso mostrarse tambien generoso, entregando á Teutile algunos diamantes artificiales y otros varios objetos de lujo.

Para dar á los mejicanos una idea exacta de la fuerza y poder de los españoles, mandó Cortés tomar las armas y colocar la tropa en órden de batalla; hizo la infantería variados ejercicios; la caballería practicó diferentes evoluciones; en fin la artilleria disparando contra un espeso bosque, hizo pedazos algunos árboles. Miraron los mejicanos los ejercicios militares con aquel silencio y admiracion propios de quien contempla objetos nuevos que le parecen formidables; pero al horrísono estruendo del cañon, se espantaron tanto, que unos huyeron y otros cayeron de terror.

Cortés pidió luego una entrevista con el gobernador; y con un tono firme y con grande autoridad volvió á renovar su pretension. No pudiendo Teutile alegar mas escusas, vióse obligado á prometerle que pondria todo su empeño para conducirle á la capital; en seguida se despacharon unos mensageros para la córte, asegurando que dentro de breve tiempo se sabria la contestacion de Motezuma. Efectivamente recibióse al cabo de siete dias la respuesta que con tanta impaciencia se esperaba.

El monarca mejicano quedó sorprendido estraordinariamente de la relacion que le hicieron los mensageros. Su contestacion por consiguiente fue negativa; pero temiendo no escitar la cólera de los españoles, mandó por medio de embajadores unos magníficos presentes.

Recibió Cortés los regalos con grandes muestras de aprecio, y con un

profundo respeto hácia el príncipe que tan generoso se mostraba. Estas disposiciones movieron á los embajadores á cumplir con la segunda y mas dificil parte de su mision. Valiéronse de las palabras mas atentas y conciliadoras para manifestar que el emperador no queria admitir á los estrangeros en su córte. Conoció entonces Cortés cuan necesario era esplicarse con un tono firme y positivo, y asi les contestó en alta voz: que le era imposible volver á su pais sin haber cumplido la mision qne le habia encargado su soberano, y que los españoles no retrocedian ante ningun peligro cuando se trataba de cumplir con su deber.

La serenidad y aire magestuoso del general, impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al emperador de la respuesta de Cortés, y le pidieron que no saliese de su actual posicion hasta que volviesen con nuevas instrucciones.

Cuando vió Motezuma la obstinacion de Cortés, se indignó de tal modo, que en los transportes de su furor, juró sacrificar á sus dioses á todos aquellos aventureros. Esta cólera empero, calmóse por grados, y determinó por último hacer reunir su consejo y escuchar los pareceres de sus cortesanos.

CAPITULO IV.

Discusiones entre los españoles.=Cortés hace dimision del mando y es nuevamente elegido.=Fundacion de Vera-Cruz. =Sumision de los zempoales.=Conspiracion en el ejército. =Destruye Cortés su flota.

MIENTRAS que Motezuma permanecia inactivo, indeciso y temeroso, Cortés no estaba tampoco en una posicion favorable. Habia aparecido entre los españoles un gérmen de desunion y disgusto, escitado por los partidarios de Velazquez. Aunque Cortés habia empleado la mas esquisita vigilancia para hacer desaparecer los peligros intestinos de que se veía rodeado, sin embargo no se sentia bastante fuerte para despreciar la opinion de algunos de los oficiales que le miraban como un simple comisionado de Velazquez. Habian observado estos, que en las órdenes que Cortés expedia obraba siempre como si hubiese recibido su comision de manos del rey y no de las del gobernador de Cuba. Altamente ofendidos del olvido de estas fórmulas, solo aguardaban ocasion favorable para revelarse. Mientras esto pasaba, llegó Teutile al campamento: era portador de la órden formal que daba Motezuma á los estrangeros, para que abandonasen inmediatamente sus estados. Cortés insistió en que era indispensable se verificase la entrevista con el emperador; Teutile se despidió bruscamente, dando ciertas miradas que daban á comprender toda su sorpresa y resentimiento.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta en-

tonces habian surtido de víveres á los españoles, los sumergió en una profunda consternacion. Bien pronto el desaliento se hizo general y los descontentos se aprovecharon de él, para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole entre los soldados de que les conducia á la muerte, sacrificándolos á su ambicion.

El prudente general, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposicion de la mayor parte de sus soldados. Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habian puesto el pie en aquella tierra lisonjeaban su codicia con las mas brillantes esperanzas; iban pues á volver vergonzosamente sin haber recibido la mas pequeña indemnizacion de las fatigas sufridas y peligros en que habian aventurado su existencia. En todo el campamento la indignacion de los soldados se desahogaba en violentas murmuraciones contra Cortés.

Esto era lo que él queria; la cólera de sus soldados favorecia sus proyectos. Esta diestra maniobra escitó un gran tumulto en el campo, y todos pedian que Cortés renunciase el mando de la tropa y que se volviese á Cuba. En este momento se presentó Cortés, manifestando la mayor sorpresa por aquel desórden. Los soldados le rodeaban para reconvenirle, porque desconfiaba del resultado de una empresa de gloria para la España, y le declararon que ellos sabrian elegir gefe que les conduciria al noble fin de sus esfuerzos.

Viéndose Cortés atacado con tal violencia, respondió que jamás le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa sino le hubieran comunicado el desaliento del ejército, y que con el mayor sentimiento habia tomado una resolucion tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interrumpido por los soldados que le decian á gritos, que le habian engañado indignamente, y que estaban prontos á seguirle y á arrostrar los mayores peligros y aun la muerte.

El general les dió las gracias por haberle desengañado, y los felicitó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar las disposiciones para fundar una colonia en el parage en que se encontraban. Estas palabras fueron recibidas con gritos de alegría por todos los guerreros.

Queriendo Cortés aprovechar esta circunstancia para legitimar su mando, y proponiéndose fundar una colonia, formó para ella un ayuntamiento de hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido, se presentó á él llevando en la mano el baston de mando, y lo depositó en manos de los nuevos magistrados diciendo, que considerándolos como representantes ó delegados del soberano, se sometia al fallo de su autoridad, para que nombrasen comandante en nombre del rey, al oficial que les pareciese mas digno de este honor, que él estaba pronto como soldado raso, á dar ejemplo de obediencia.

La dimision de Cortés fué admitida por los jueces. Procedióse luego á nueva eleccion, y fué proclamado él mismo por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas, que con aplausos ratificaron la eleccion.

Trazóse el plan y se trabajó con ahinco en la construccion de la nueva poblacion, á la que se le dió el nombre de *Vera-Cruz*, llamándola asi, porque el dia que habian desembarcado era en Viernes Santo.

No tardó Cortés en determinarse á emprender la marcha, y al momento de partir, se le presentaron cinco indios enviados por el cacique de Zempoala, para hacerle proposiciones de alianza, manifestándole la impaciencia con que sufrían la cruel dominacion del emperador, y que estaban prontos á unirse con los españoles para derribar á su tirano opresor.

Conoció Cortés todas las ventajas que estas disposiciones le prometian; despidió á los enviados colmándolos de regalos y encargándoles que dijesen á su señor, que iria pronto á visitarle.

Púsose inmédiatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando. Al cabo de tres dias de marcha entró el ejército en la capital de la provincia. Conferenció Cortés con el gefe indio, procurando conocer sus verdaderos sentimientos; el cacique dejó desahogar todo el ódio que le animaba contra Motezuma, cuyo yugo deseaba sacudir, manifestando que su espíritu guerrero no les permitia ser esclavizados por mas tiempo, y por consiguiente se comprometia á prestar á Cortés toda clase de auxilios á fin de destruir al despótico monarca.

Dirijióse la primera empresa de los españoles y de sus nuevos aliados, hácia la provincia de Zimpacingo. A su llegada vinieron á recibirle ocho de los principales gefes ofreciéndoles sus servicios y sometiéndose voluntariamente á sus órdenes, pues no sufrian con menos impaciencia que los de Zempoala la tirania de Motezuma. Cortés cuyas miras eran aumentar el número de sus aliados, procedió con mucha cordura, ordenando que se respetaran las propiedades de los habitantes, manteniendo la buena inteligencia y armonía entre españoles é indios.

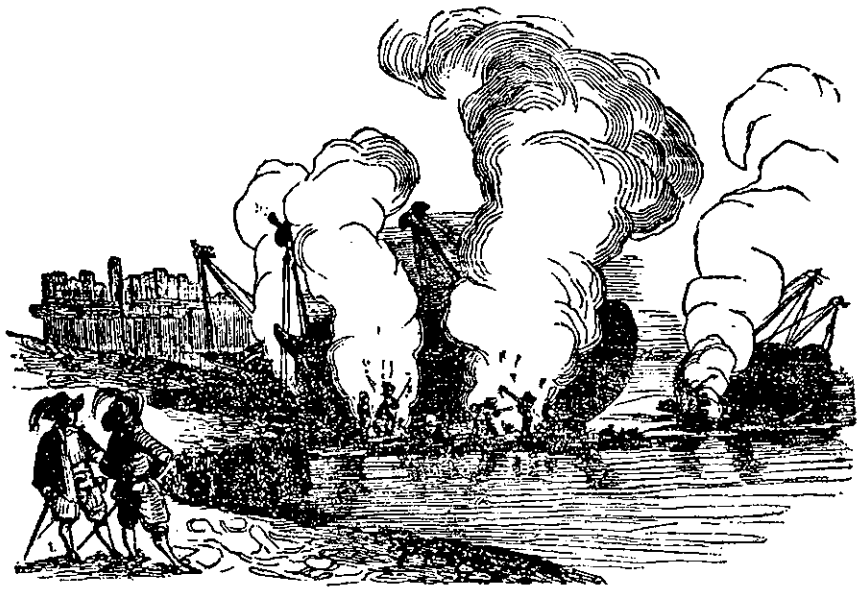
Determinado Cortés á llegar hasta Méjico, hacia los preparativos militares de tan arriesgada espedicion, pero su escesivo celo por los intereses de la religion le pusieron á punto de comprometer una empresa que no se le presentaba dificil. Noticioso de que debia verificarse un sacrificio humano en un templo indio, acudió con algunos de sus campeones, tratando de impedirlo á todo trance. De aqui no debia pasar el celo del general; pero quiso ademas, que los ídolos fuesen hechos pedazos, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocian todavia una religion mejor que la que él les mandaba abjurar.

Los sacerdotes puestos de rodillas, prorumpieron en lamentos, pero Cortés fué inflexible, y mandó derribar los ídolos. Entonces los sacerdotes sacando fuerzas de su misma desesperacion, llamaron al pueblo á las armas. El general español no dió señales de cobardia, y anunció por medio de doña Marina á los indios, que si se atrevian á disparar una sola flecha, pereceria el cacique y con él todo su pueblo. Los soldados ejecutaron las órdenes de Cor-

tés, echando á rodar los ídolos, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes salpicadas de sangre, y una imagen de la Vírgen ocupó el lugar del ídolo mejicano.

Los indios testigos de esta ejecucion terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo y destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el Dios de los estrangeros debia ser mas poderoso que el suyo, y se apaciguaron.

Peligros de otro género venian á entorpecer la grande empresa. Proyectaron algunos soldados y marineros apoderarse de los bajeles para huir á Cuba. La conspiracion fue descubierta, y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinacion que de algun tiempo reinaba en su pequeña tropa, no estaba completamente estinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó la enérgica resolucion de destruir su escuadra, para que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir.



Trasladáronse á tierra las velas, jarcias, el hierro y todo cuanto podia ser de alguna utilidad, y despues de quedar completamente desmantelados los buques se echaron á pique.

Engrosadas las filas de los soldados con los marineros y demas personas que estaban empleadas en los bajeles, tomó Cortés sus disposiciones para partir. Tenia entonces, disponibles, quinientos hombres de á pie y quince de á

caballo, con seis piezas de campaña. Dejó de guarnicion en Vera-Cruz como ochenta hombres, casi todos inútiles para el servicio, á causa de su edad ó poca salud. Incluyó asimismo en ellos cuarenta indios de distincion para servirle de rehenes y responder de la seguridad de los españoles.

CAPITULO V.

Guerra con los Tlascaltecas.=Traicion y castigo de los habitantes de Cholula.=Entrevista de Cortés y Motezuma.=Entrada de los españoles en Méjico.

El pequeño ejército de Cortés, partió de Zempoala el 10 de agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros dias de marcha, como que se atravesaba un pais cuyos caciques eran aliados de los españoles. Llegaron por fin á Tascala, provincia populosa, cuyos habitantes estaban dotados de un valor á toda prueba y un ardiente amor á la independencia. Sometidos durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habian conquistado al fin su libertad y vivian en una especie de república federativa.

Luego que conoció Cortés el carácter guerrero de este pueblo, y las ventajas que podria sacar de su alianza, resolvió enviar á la capital una embajada que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Para esta importante mision se eligieron cuatro zempoales de los mas distinguidos. Introducidos en el senado, dieron á conocer el objeto de su mision, que consistia en obtener el libre paso por las tierras de la república: la contestacion fue negativa, y sin respetar el carácter de embajadores se apoderaron de sus personas; pero lograron engañar ó seducir los centinelas y huyeron; se apresuraron á advertir á Cortés que el pueblo se ponia en actitud hostil y que se reunian considerables fuerzas para resistir á la invasion.

Quedó sorprendido Cortés, de esta determinacion con la que no contaba por cierto; no podia concebir qué razones tenian los tlascaltecas para obrar de ese modo: sin embargo, varias eran las que les impulsaban á ello. Ese pueblo sospechoso y amante de su independencia, se creia que los españoles obraban de comun acuerdo con Motezuma, á pesar de sus contrarias protestas; por otra parte, celosos de su religion, estaban indignados de que los españoles hubiesen destruido los ídolos de Zempoala.

Sin embargo, no titubeó Cortés en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una multitud de enemigos. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco fuese funesta á Cortés y todo su ejército por un suceso de poca importancia. Un ginete español separándose de los suyos, recibió muchas heridas y su caballo acribillado de flechas cayó muerto en el suelo; los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la lleva-

ron en triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder; cuando de repente cesa el combate, y los enemigos abandonan un campo de batalla en el que á poca costa hubieran conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles fue, que habiendo muerto el principal gefe indio, era preciso nombrar quien le reemplazára.

El general español, buscó entretanto una posicion en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; y al dia siguiente envió una nueva embajada, presentando proposiciones pacíficas al senado, y haciéndole conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada; pero no solo se mantuvieron firmes en su resolucion de no escuchar ninguna oferta de paz, sino que previnieron que al siguiente dia al amanecer se presentaria su nuevo general con un ejército formidable, para prender á todos los españoles y sacrificarlos á sus dioses. Cumplieron su palabra: al romper el dia se presentaron numerosas fuerzas, que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas triunfaron del teson y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas. No fue suficiente abatirlos por segunda vez; consultaron con sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, que les declarasen los motivos por los cuales eran los estrangeros superiores á sus tropas, y respondieron, que aquellos hombres eran hijos del sol y debian toda su fuerza á los rayos de este astro durante el dia, pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y esterminarlos.

Resueltos los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno, pero Cortés siempre vijilante, habia tomado todas las precauciones para no ser sorprendido: asi es que cuando se presentaron fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran unos seres de una naturaleza superior. Castigaron á algunos de sus magos por el embuste, y despues enviaron á Cortés una embajada solicitando la paz.

Entraron los españoles en la ciudad de Tlascala el 23 de setiembre. Tan amistosa fue la acogida que les dispensaron, como habia sido llena de mortal encono su conducta anterior.

Permaneció Cortés 20 dias en Tlascala, para dar descanso á sus tropas del que tanto necesitaban; durante este tiempo se ocupó de los cuidados importantes al buen éxito de sus proyectos, disponiéndose para seguir su camino hácia Méjico.

En el momento que el ejército español reforzado con un cuerpo de seis mil tlascaltecas iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, quien consentia por último en admitir á los españoles á su presencia, recomendándoles que pasaran por Cholula, en donde recibirian de cerca sus órdenes. Esta invitacion pareció sospechosa á los tlascaltecas, que suplicaron á Cortés no la aceptase, porque ocultaba una emboscada. El general dió las gracias á sus aliados por el aviso, pero les declaró que él no retrocedia por ningun

peligro, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles en la ciudad con amistosas demostraciones, pero se prohibió la entrada á los tlascaltecas, bajo pretesto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion.

Dos tlascaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habian visto por la noche un gran número de mugeres y niños que se refugiaban á paraje seguro, y que se habian sacrificado en el templo seis víctimas humanas, práctica que era preludio de una empresa militar. En consecuencia, el general español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir toda la trama. La intérprete Marina, habia inspirado grande afecto á una cholulana de categoría, y deseando salvar esta á su amiga de los peligros que la rodeaban, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Doña Marina fingió que se aprovechaba de este aviso con muestras de reconocimiento. Se supo tambien que un cuerpo de tropas mejicanas estaban ocultas cerca de la ciudad, para presentarse á una señal convenida; que en algunas calles habia fosos ligeramente cubiertos para que se hundiesen los caballos; y que ademas habian subido gran cantidad de piedras á lo alto de las casas para arrojarlas contra los españoles.

Advertido Cortés del peligro que corria, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar tamaña perfidia. Hizo venir primeramente á la india que habia hablado con Marina, y á fuerza de amenazas la hizo confesar la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos, y en seguida mandó prender secretamente á varios de los principales caudillos. Juzgó entonces Cortés, que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales, disponiendo que al momento saliesen las tropas de su alojamiento para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los zempoales se precipitaron en las calles, mientras que los tlascaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes sin gefes, se dejaban matar sin resistencia. Los mejicanos salieron de la emboscada para socorrerlos; pero fueron derrotados completamente, y los que pudieron refugiarse en el templo, perecieron al rigor de las llamas, despreciando el perdon que se les ofrecia, prefiriendo la muerte al oprobio del vencimiento. «Cesó el combate, dice Solis, por falta de enemigos.»

Vengado Cortés, dió libertad á los magnates prisioneros, y echóles en cara su perfidia y el haber sido causa de tantas desgracias, lo cual les produjo una terrible impresion de supersticioso temor.

Continuó luego Cortés su marcha á Méjico, cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcuco y de alli á Iztapalapa. Al bajar la pendiente de una colina, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisage. A su frente se estendia un inmenso lago semejante á un mar,

y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era facil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. El general, aprovechando el entusiasmo de su ejército, trató lleno de confianza de abanzar por una de las calzadas del lago, hácia el palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad una numerosa comitiva de mejicanos de distintas categorias, con ricas mantas de tela y penachos en la cabeza. Salian á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto, y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. No tardó en comparecer el séquito, cuya vanguardia la formaban doscientos hombres de la servidumbre de palacio, los que traian mantos blancos. Seguian á esta comitiva, ocho magistrados con unas varas de oro en la mano, que levantaban sucesivamente; esta era la señal para indicar al pueblo la presencia de su soberano y ordenarle que se postrara en ademan de respeto. Venia luego otra comitiva de personages vestidos con magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales. Otros sostenian un palio guarnecido de plumas verdes, piedras preciosas y franjas de oro. Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante el emperador se levantó, y bajando de las andas se dirigió hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo para que no tocase con los pies al suelo. Cortés saludó al monarca á usanza europea, y Motezuma contestó al saludo besando su propia mano.

El emperador era de unos cuarenta años, y de estatura mediana. Vestia un manto finísimo, y llevaba sobre sí tantas joyas de oro y pedreria que le servian mas bien de peso que de adorno.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la capital, dirigiéndose á un grande edificio destinado para alojamiento, donde el mismo Motezuma condujo á los españoles; alli se detuvo unos momentos, y despues de distribuir algunos regalos se despidió con muestras de amistad dirigiéndose á su palacio.

CAPITULO VI.

Visita de Cortés á Motezuma.=Muerte del gobernador de Vera-Cruz.=Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.=Espedicion de Narvaez contra Cortés.=Sale Cortés de Méjico en busca de su enemigo y le vence.

Al dia siguiente se presentó Cortés en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales; alli se entabló conversacion por medio de la intérprete Marina, haciendo el emperador varias preguntas sobre los usos y costumbres de los europeos, á las que satisfizo Cortés con mucho agrado; por último,

pidió el general permiso para visitar la ciudad, que estaba deseoso de conocer, consintió en ello el emperador y quedó levantada la audiencia.

Tres dias pasó Cortés en reconocer esta grandiosa ciudad, llamado entonces Tenochitlan, que segun algunos historiadores aseguran, se contaban mas de veinte mil casas de un solo piso, y un estraordinario número de magníficos templos.

Veamos como Cortés va á salir de la posicion peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército, se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo innumerable y de un príncipe cuyo afecto le parecia poco síncero; por otra parte, los avisos que le daban los tlascaltecas para que desconfiase de Motezuma, habian hecho conocer al general español lo peligroso de su posicion. Un suceso lamentable acaecido en Vera-Cruz aumentó mas la inquietud de Cortés. Supo que despues de su partida, un general americano llamado Qualpopoca, por órden de Motezuma, habia acometido á los españoles de la nueva colonia, de cuyo ataque fue muerto el gobernador con siete soldados, y que otro hecho prisionero, habia sido muerto por los mejicanos y su cabeza la llevaron en triunfo por diferentes ciudades del imperio; para probar que los españoles no eran inmortales como algunos creian y que despues este sangriento triunfo habia sido enviado á Méjico.

Otros datos no dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos. Por fin, Cortés tomó una resolucion atrevida y decisiva, que comunicó á sus oficiales. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad de los españoles.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas para determinar al emperador á que pasase al cuartel de los españoles. Motezuma se mantenia inflexible, hasta que el jóven oficial Velazquez de Leon esclamó con firmeza: «¿Para qué son tantos miramientos? apoderémonos de ese hombre, ó le atravieso el corazon si intenta resistir.» Motezuma preguntó á la intérprete: qué significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas; y Marina le insinuó que era perdido si no se sometia á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe que antes habia manifestado alguna energia, cayó en un profundo abatimiento, y se resignó á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer mas llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle.

Veinte dias habian ya transcurrido, cuando condujeron á Méjico á Qualpopoca y á varios de sus oficiales en virtud de la órden dada por Motezuma; formóseles un consejo de guerra, ante el cual confesaron con repugnancia, que habian obrado en virtud de las órdenes de su soberano: el consejo los condenó á ser quemados vivos. Dió Cortés al monarca conocimiento de este decreto, diciéndole que los criminales le habian acusado de ser él el autor de su atentado, por cuya conducta era preciso espiase su participacion en el crímen con un cas-

tigo personal; y sin darle tiempo de replicar mandó se le pusiesen cadenas. Considerando el monarca esta profanacion de su persona como un preludio de su próxima ruina, exprimió sus sentimientos con grandes gemidos.

Cuando los sentenciados exhalaron el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora queda ya satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha espiado vuestro crímen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperacion á la mas viva alegria, dando las gracias á su libertador.

Varios de los nobles que visitaban á su monarca, se valieron hábilmente de ciertas circunstancias para despertar su energía, en virtud de lo cual mandó llamar á Cortés y le dijo, que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya habia desempeñado la comision que su soberano le habia confiado. Conoció Cortés que esta proposicion era el resultado de algun proyecto convenido entre Motezuma y los nobles; fingió ceder á los deseos del monarca, diciendo que estaba ya ocupado en los preparativos de su marcha; pero que como habia destruido sus bajales necesitaba tiempo para construir otros. Fue acogida favorablemente esta respuesta, y se mandó recorrer los parages para cortar las maderas al efecto.

Ocho dias despues declaró Motezuma á Cortés que era ya inútil la construccion de buques, puesto que habia recibido la noticia por sus correos de la llegada á la costa de 18 navios. Escuchó Cortés esta noticia con transportes de alegria, figurándose que en aquellos navios venian los refuerzos que aguardaba, pero una carta de Sandoval, nuevo gobernador de Vera-Cruz disipó todas sus ilusiones. Por ella se supo que la referida escuadra habia sido equipada por Velazquez, el que habia mandado á Narvaez por gefe de la espedicion, con órden espresa de que hiciese prisionero á Cortés con sus partidarios, y los llevase á Cuba para ser juzgados.

La posicion de Cortés era complicada; si se decidia á marchar en contra de un ejército europeo mucho mas fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico, perdiendo el fruto de tantos trabajos y esfuerzos; pero si esperaba allí á Narvaez, se esponia á tener dos enemigos á quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasion tan favorable á sus deseos de venganza.

Por fin se decidió Cortés á marchar, dejando á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, confiando á esta corta guarnicion la custodia de todos los tesoros y del monarca prisionero.

Cortés habia mandado á Sandoval, gobernador de Vera-Cruz, que viniese á unírsele con los pocos españoles que mandaba, confiando el cuidado de la colonia á los indios aliados. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cortés no formaban mas que un batallon de 250 hombres, y sin embargo, el animoso Cortés persistió en atacar al enemigo. Hizo no obstante, una tentativa para entablar relaciones amistosas con Narvaez; pero este contestó al mensage de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su ad-

versario, Cortés abanzó hasta Zempoala, en cuya ciudad se hallaba aquel con sus tropas. Narvaez salió de la poblacion para dar la batalla; una abundante lluvia que cayó aquel dia y la posicion ventajosa que habia tomado Cortes al otro lado de un crecido arroyo, impidieron el ataque.

Entonces Cortes concibió un atrevido proyecto, cual fue el de aprovecharse de la oscuridad de una noche lluviosa, y sorprender al enemigo. Fue necesario pasar el arroyo, lo cual practicaron los soldados con mucha dificultad; pero consiguen alcanzar la orilla opuesta; luego resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanza Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez entonces conoce, aunque tarde, su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo. Sus tropas opusieron alguna resistencia, pero todo fue en vano, y bien pronto tuvieron que capitular.

Cortés se manifestó despues de la victoria, humano y hasta generoso, tratando á los prisioneros con el mayor afecto y dejándolos en libertad de alistarse á sus banderas ó volver á Cuba. Casi todos eligieron el primer partido, y el afortunado general vió reforzado su ejército con ochocientos soldados. Narvaez fue conducido á Vera-Cruz en calidad de arrestado.

CAPITULO VII.

Rebelion de los mejicanos.=Muerte de Motezuma.=Funesta retirada de los españoles.=Batalla de Otumba.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelion de los habitantes de Méjico contra los españoles que habia dejado. No habia un momento que perder; por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala, donde se le incorporaron dos mil aliados. Entró pues en Méjico con su ejército, y la primera disposicion que tomó fue mandar un destacamento para indagar el estado de la poblacion; pero apenas se adelantó este por las calles cuando vió caer sobre sí una lluvia de flechas y piedras, siendo necesario desplegar gran presencia de ánimo para salir de esta peligrosa situacion, consiguiendo llegar al cuartel con pérdida de ocho hombres muertos y gran número de heridos.

Al dia siguiente el enemigo dió un asalto, y aunque rechazado con una pérdida enorme, no dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte.

En uno de estos encarnizados ataques, Motezuma quiso evitar la efusion de sangre. Se reviste con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y subiendo á lo alto de la muralla se presenta á su pueblo. Dirigió el emperador á la multitud un discurso encaminado á calmar su furor y que cesasen las hostilidades.

Oyóse luego un fuerte murmullo manifestando señales de indignacion en términos insultantes; y los mismos que hasta entonces habian mirado á su monarca como un dios, le cubrieron de maldiciones, y empezaron á disparar tan considerable número de flechas y piedras, que antes que los soldados españoles que estaban al lado de Motezuma tuviesen tiempo de cubrirle con sus rodelas fue herido gravemente por dos flechas que le dieron en la sien, cayendo en tierra sin sentido. El general español mandó transportasen á su habitacion al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, y aunque volvió luego en sí del letargo, rechazó con indignacion los socorros del arte, no queriendo sobrevivir á tan ignominiosa afrenta, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles para que abrazase la religion cristiana, pidiendo la venganza de los dioses sobre sus rebeldes vasallos.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano llamado Quetlavaca. El primer acto del nuevo emperador fue la continuacion de las hostilidades contra los españoles, y desde luego quedó desvanecida toda esperanza de convenio; los combates se repetian cada vez con mas furor y encarnizamiento. Tomaron posesion los habitantes de una torre del gran templo que dominaba el cuartel de los españoles, donde llevaron gran cantidad de piedras y maderos para arrojarlos cuando llegára el caso. Cortés que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, juzgó que le seria imposible verificarlo mientras quedasen dueños de aquel lugar los enemigos; era necesario hacerles salir de allí, á costa de cualquier sacrificio. Encargóse de este ataque el intrépido capitan Escovar, con el auxilio de un fuerte destacamento; pero aunque hicieron prodigios de valor, fue necesario que Cortés acudiese á su socorro para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Al dia siguiente los enemigos trataron de cortar la retirada á los españoles, destruyendo los puentes de los diques, y sitiarlos por hambre quitándoles los medios de procurarse víveres. Pero Cortés, meditando cómo desconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante para echarle sucesivamente en las cortaduras de la calzada.

Poco despues de media noche empezó el movimiento con el mayor silencio para no llamar la atencion del enemigo. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba que se encontró cortada, y fue preciso echar el puente; pero en el momento en que las tropas se disponian á pasar por él, se oyeron de improviso los gritos de guerra y los sonidos de los instrumentos de aquellos indios; el lago se cubrió al instante de canoas, y una granizada de flechas y piedras se cruzaron por los aires. Turbados los españoles por este acontecimiento, se adelantaron precipitadamente hácia la segunda calzada, abriéndose paso con suma dificultad. Despues de desesperados esfuerzos logró Cortés acompañado de unos cien soldados y algunos caballos atravesar la última cortadura de la calzada, sirviéndole de puente los cadáveres de los enemigos que llenaron el hueco, y saltaron á tierra firme. A medida que iban llegando los soldados, los ponia en órden de batalla para poder rechazar al ataque; en

seguida fue recorriendo varios lugares de la calzada para prestar socorro á los que habian quedado atrás; consigue incorporarse con parte de sus compañeros; mas ¡ah! todavia quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los que habian caido vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos á los altares de sus divinidades. Cortés queria libertarlos; mas obstáculos insuperables se lo impiden, y le es preciso limitarse á asegurar la retirada á los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre. Esta noche tan fatal á los españoles es conocida hoy dia en Nueva-España con el nombre de *noche triste*.

Cuando amaneció pudo Cortés conocer toda la estension de sus pérdidas, y no pudo reprimir las lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas de faltaban; nada se habia podido salvar de la artilleria, municiones y bagages; murieron tambien casi todos los caballos y mas de dos mil tlascaltecas.

En Tacuba fue donde hicieron alto los fugitivos españoles, pero no se detuvieron allí mucho tiempo. Ofrecióse un tlascalteca á servirles de guia para conducirles á su provincia, único parage donde Cortés podia encontrar hospitalidad. Esta marcha al través de inmensas soledades fue una série de horribles padecimientos y continuos sobresaltos.

Llegaron al sesto dia al valle de Otumba; los enemigos no habian cesado durante la marcha de molestarles continuamente la retaguardia; pero al llegar á una altura inmediata al indicado parage, descubrieron los españoles allá á lo lejos los numerosos batallones indios que cubrian la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habian conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos nuevos enemigos que se presentaban para combatir. Cortés reanimó el valor de sus soldados, haciéndoles comprender en una enérgica alocucion que habia llegado el momento de vencer ó morir; y al instante marchó con sus tropas en busca del enemigo.

Terrible fue la refriega; por ambas partes se peleó con un ardor y un denuedo tan grande que rayaba en frenesí. Los españoles penetraron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el suelo de cadáveres; pero despues de cuatro horas de una lucha tan sangrienta, no pudiendo continuar por mas tiempo un combate tan desigual, y envueltos y acosados por la muchedumbre iban ya á sucumbir, cuando se acordó Cortés de que el destino de las batallas dependia entre estos pueblos de la suerte del estandarte, puesto que huian despavoridos luego que caia en poder de los enemigos. Reunió al instante á los que habian conservado aun sus caballos, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba su insignia; la dispersa, y de un bote de lanza derriba al general mejicano; uno de los ginetes echa pie á tierra, remata de una estocada al general y se apodera del estandarte; visto lo cual por los mejicanos, arrojan las armas y huyen en desórden hácia las montañas. Asi fue llevada á cabo tan esclarecida victoria, que dejó á los españoles franco el camino de Tlascala, y les proporcionó un botin considerable: oportuna indemnizacion de los tesoros que habian tenido que abandonar en Méjico.

CAPITULO VIII.

Llegada de nuevos refuerzos.=Marcha de los españoles á Méjico.=Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.=Prision de Guatimocin y rendicion de Méjico.=Marcha Cortés á España.=Se justifica y vuelve á Méjico.=Descubre la California.=Su regreso á España.=Su muerte.

Al siguiente dia entraron en el territorio de los tlascaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia y asi pudieron descansar. Hallábanse todavia en Tlascala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegria, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velazquez, gobernador de Cuba, que se habia creido que la espedicion de Narvaez habia tenido un éxito favorable, enviábale dos bajeles con refuerzos de hombres y de municiones: el gobernador de Vera-Cruz hizo mañosamente que entrasen en el puerto los dos buques, se apoderó de ellos y persuadió facilmente á los que les tripulaban á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco tiempo despues llegaron otros tres grandes navios, los cuales formaban parte de una escuadra equipada por el gobernador de la Jamaica, para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes se habian dirigido precisamente hácia unas provincias septentrionales, y habian encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento, y el hambre les habia obligado á refugiarse á Vera-Cruz, é invitados alli á incorporarse á las tropas de Cortés le procuraron tan considerable refuerzo, que unido á un cuerpo auxiliar que le facilitaron los indios aliados de diez mil tlascaltecas, se encontró en disposicion de entrar en Méjico y conquistar todo el imperio.

Por este tiempo ocurrió la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, y los mejicanos eligieron en su lugar á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocin, el cual estaba dotado de mucho valor y energia. Cortés no se arredró por eso, y se puso en marcha á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio. Al tercer dia de camino llegaron á Tezcuco, cuya poblacion se halló abandonada.

Conoció Cortés que le seria imposible apoderarse de Méjico sin el auxilio de una flotilla de pequeños buques para dispersar las canoas mejicanas. Puso bajo la direccion de sus carpinteros un gran número de tlascaltecas, tanto para trasportar las maderas como para que les sirviesen de operarios; y pronto se hallaron reunidos los materiales para la construccion de trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlascala á Tezcuco, lo cual se verificó por medio de una larga y penosa marcha.

Mientras se trabajaba con tanto ardor, recibió Cortés la importante no-

ticia de la llegada á Vera-Cruz de cuatro navios enviados desde la Isla Española, que le traian un refuerzo considerable, el cual se le incorporó. Resolvió entonces atacar á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda, y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento no pasó dia sin una accion mortífera; los bergantines tenian que luchar con las numerosas canoas que cubrian el lago, y las tropas de tierra atacando á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Conociendo Cortés que si se dilataba mucho aquel estado de cosas, iba á destruir poco á poco su ejército, ya debilitado, tomó todas las disposiciones para dar al dia siguiente un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada gefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles atacaron con vigor, los mejicanos opusieron una resistencia muy porfiada. Cortés con una columna se apoderó de las trincheras que defendian las calzadas y penetró en la ciudad persiguiendo al enemigo que huia. En medio de este triunfo se acordó de asegurar la retirada para en caso necesario; en consecuencia mandó á Julian Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedara con sus soldados cubriendo la retaguardia mientras los demas destacamentos seguian combatiendo. Alderete llevado de un falso punto de honor, se creyó que era mengua suya estar lejos del peligro mientras sus compañeros se cubrian de gloria, y desobedeciendo á Cortés abandonó su puesto para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocin advirtió esta imprudencia; hizo que resonara el tambor sagrado en lo alto del adoratorio principal; entonces los mejicanos que huian, volvieron caras, precipitáronse furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque, el que costó á Cortés mas de sesenta españoles y mil tlascaltecas.

En consecuencia de este sangriento combate, hubo ocho dias de suspension de hostilidades, durante los cuales se fortificaron bien los españoles en sus acantonamientos. Antes de dar la señal de ataque, Cortés hizo por la última vez proposiciones de paz á Gautimocin, quien pareció como dispuesto á un convenio; pero esta era una astucia para ganar tiempo y ocultar sus verdaderas intenciones. Queria, aconsejado de sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir un nuevo ejército. Adoptaron todas las disposiciones necesarias para asegurar la fuga del emperador; una multitud de canoas atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval que mandaba á la sazon la flotilla, empezó á disparar cañonazos; pero los mejicanos despreciando el fuego no trataban mas que de llegar á los bergantines. Advirtió Sandoval que otras canoas cruzaban el lago con rapidez á fuerza de remo; sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas, mandó darles caza. Disponíase echarlas á pique; mas asi que fue conocido su intento, los remeros se pararon pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Un

capitan español saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban; adelantóse el mismo emperador hácia él capitan, y con serenidad le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa á la cortesia de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocin estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros dias que siguieron á la conquista de Méjico se pasaron en demostraciones de regocijo por tan señalado triunfo.

La conquista de la capital produjo la sumision de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores.

Cortés preparaba una espedicion desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella gran comarca; pero mientras que asi se ocupaba en aumentar las posesiones á la corona, y añadia con sus victorias un nuevo esplendor al glorioso reinado de Cárlos V, influido este monarca por las intrigas de los enemigos del ilustre caudillo, intentó arrebatarle su poder y su mando.

Cuando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia del monarca. Se presentó á la córte con el fausto y la magnificencia correspondientes á un conquistador de un grande imperio. La presencia de un hombre que se habia ilustrado con unos hechos tan maravillosos escitaron la admiracion de Cárlos V, recibiéndole con muestras de distincion. Le creó conde, y le concedió una vasta estension de territorio en Nueva-España; pero no volvió á obtener como pretendia, el cargo de capitan general.

Regresó Cortés á Méjico lleno de sentimiento por verse reducido á un papel secundario, y para distraerse de sus penas, equipó una escuadra con ánimo de hacer descubrimientos en el mar del Sud. El resultado de esta espedicion, en la que corrió grandes riesgos, fue el descubrimiento de la California. Volvióse luego á Méjico, donde las vejaciones y el ódio de sus eternos rivales le eran tan intolerables, que no pudiendo resistir á tamaña humillacion, regresó á España creyendo poder contar aun con la justicia del monarca; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frio recibimiento que le hicieron en la córte, y por la desdeñosa indiferencia con que fueron escuchadas sus quejas.

Despues de siete años de una existencia tan desgraciada y tan llena de pesares, murió Cortés en su patria el 2 de diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de su edad. Su cuerpo fue trasportado á Nueva-España, conforme él lo habia pedido al morir; porque quizá juzgaria, cual otro Scipion, que no merecia su ingrata patria el honor de guardar sus cenizas.

FIN.